

La batalla de los árboles

Varios hombres decidieron un día constituir una nueva sociedad, una sociedad ejemplar donde la vida corriera entre flores como libre arroyuelo. Era una secta de reformistas, de esos que la filosofía ha forjado en el hornillo calenturiento de sus sabios disparates.

-El océano -se dijeron aquellos apóstoles de la felicidad terrenal- es grande y desconocido. Lancémonos a él en busca de una roca solitaria donde estableceremos nuestras casas, nuestras escuelas, nuestros gimnasios, nuestros talleres y nuestros templos.

Y en efecto, a poco, vieron los buques que cruzaban el dilatado mar, un vapor enorme, todo blanco, cuyo color, mostrándose a distancia, decía que allí viajaba sobre las revueltas olas la paz más paradisiaca.

Pronto el vapor de los reformistas perdióse entre las sábanas de ebulliciente agua de los trópicos, y trascurridos algunos meses después de su partida, nadie supo de él. Entre tanto el intrépido vapor caminaba de región en región, de costa en costa, de isla en isla, de peñasco en peñasco. Pero a todas partes a donde llegaba, ya el suelo tenía las huellas del paso destructor del hombre. Los reformadores necesitaban un terreno virgen donde implantar sus doctrinas, virginales también.

Por fin, un país inhabitado se manifestó a sus ojos atónitos. Era una prolongada lengua de tierra, aislada en medio de las olas. Despoblada de todo animado ser, no había en ella rastro alguno de vida, fuera de la vegetal. En efecto, los árboles cubrían completamente aquella extensión de tierra, en términos

de que muchos de ellos se adelantaban hasta dentro del mar. Su apiñamiento era extraordinario, y bien pudiera comparárselos a un ejército, con su centro, sus alas de ataque y sus puestos avanzados.

Echaron anclas allí los-tripulantes, y abandonando la aguja náutica, pusieron en sus manos el arma del leñador. Las hachas brillaron mordiendo los árboles, como serpientes; las ramas y los troncos empezaron a caer con lastimeros gemidos al suelo. El terreno se aclaraba; el bosque aparecía calvo aquí y allá; el reformador levantaba su reino sobre el aniquilamiento de la naturaleza.

¡Ah!, el bosque no pudo resistir. Era la estación del invierno, y los tallos desgajados se secaban entre el polvo, sin poder arraigar de nuevo. Los árboles indefensos dejáronse, pues, descuartizar, quemar o torturar por la saña civilizadora del hombre triunfante.

Los troncos más robustos fueron destinados a la construcción de las viviendas; los más delicados y bonitos sirvieron para aderezar los muebles; los más deformes y nudosos, aquellos que mellaban el diente de acero que quería herirlos, fueron condenados al fuego. La selva quedó al cabo arrasada.

Los innovadores, estacionados allí de este modo, gozaron en paz de su victoria. Fuera de algunas contiendas, levísimas es cierto, reñidas a media voz, en el momento de elegir jefe, aquella tribu de anacoretas sociales vivió desde luego en medio de la más deliciosa armonía. Acariciados durante el día por los rayos de un sol purísimo; calentados por la noche con la llama rabiosa de la leña cortada al bosque; arrullados siempre por la brisa del mar, que era allí blanda, risueña y juguetona

como un niño, no pudieron menos de creer realizados sus sueños los reformistas.

Sin embargo, ciertas dificultades comenzaban a surgir a medida que trascurría el tiempo. Las aves, que no veían en la nueva colonia rama alguna donde posarse, pasaban de lejos, privando de este modo a aquellos hombres del alimento de sus carnes. La pesca retirábase también de aquella costa, en que las plantas no podían ofrecerle ya el sabroso cebo de sus semillas. Además el invierno era pasado, los efluvios de la primavera dejábanse sentir por todas partes.

Observose que a la aproximación de la nueva estación, todos los muebles empezaban a crujir. Por las noches, el rumor que levantaban los estallidos de las maderas, impedía a los habitantes conciliar el sueño. Algunos días después, el espectáculo que presentaba la población, y todas las cosas, era sorprendente. Encorvóronse las tablas de las mesas, las hojas de las puertas se plegaron, las vigas se retorcieron, los lechos tomaron posturas de doloridos, las sillas encabritaron sus pies, los armarios hincháronse pareciendo a hidrópicos. Nadie podía dormir, ni comer, ni sentarse. Todos los semblantes estaban aterrados, como a presencia de una catástrofe que nos hace sufrir, pero que no sabemos explicar.

Pero no fue esto todo. En los nudos de las maderas brotaron yemas, de las yemas salieron tallos, y de los tallos ramas cuajadas de hojas. Inútilmente el hacha hacía su oficio: los retoños volvían a aparecer al día siguiente, más lozanos y más pujantes que nunca. La población, encarnizada en su lucha contra aquella invasión de las hojas, cortaba y cortaba todo el tiempo que tenía fuerzas; pero cuando, agotado su vigor, se entregaba al reposo, el bosque redoblaba su ardor de germinación, y toda la obra del hombre quedaba anonadada por la savia de la naturaleza.

Ya la primavera estaba en su apogeo. No por días, sino por instantes se reproducían aquellos troncos, nacidos a la vida. Cada astilla rota echaba raíces, botones y flores. Las casas se convirtieron en una masa compacta e impenetrable de verdura. Los hombres eran visiblemente expulsados al mar. Así lo comprendieron al fin, so pena de ser ahogados bajo un océano de follaje.

. Embarcáronse en el vapor que les había traído; y ya bogaban en alta mar felicitándose de haberse librado de aquella como venganza de los árboles, cuando, alzando los ojos, vieron que el palo mayor, recientemente puesto, también echaba ramas.

Sin embargo, eran tristes y sombrías como es todo lo que va prisionero.

José de Siles

*publicado el 8 de septiembre de 1884
en el n^o 141 de La Ilustración Artística*